



SEMANA NACIONAL DE LA MIGRACIÓN 2022

Sugerencias para la homilía

“Ninguna institución estadounidense hace más por los inmigrantes que sus comunidades cristianas. Ahora tienen esta larga ola de inmigración latina en muchas de sus diócesis. No sólo como Obispo de Roma, sino también como un Pastor venido del sur, siento la necesidad de darles las gracias y de animarles.” —Papa Francisco, Oración con los Obispos de los Estados Unidos de América, septiembre de 2015.

Los inmigrantes que llegan a Estados Unidos, y en particular a los indocumentados, constituyen una población vulnerable que por lo general han escapado de la violencia y de la persecución y buscan seguridad, reunificar la familia y una oportunidad económica. Debido al trauma que muchos han padecido, los esfuerzos de la comunidad para acompañar, asistir y ser solidarios con ellos son esenciales. Nuestra tradición moral pide a toda la gente de fe y buena voluntad a salir en defensa de la vida y de la dignidad humana, independientemente del estado migratorio de cada uno. Es un llamado fundamental para nosotros los católicos. La Sagrada Escritura en repetidas ocasiones habla sobre la experiencia de la migración, desde Abraham que fue expulsado de su tierra natal en el Antiguo Testamento, hasta la Sagrada Familia que escapó de Herodes y vivió como refugiados durante un tiempo en tierra extranjera. Cuando los textos litúrgicos o de la Sagrada Escritura abordan la migración y temas relacionados, ya sea en ocasiones especiales o cualquier domingo, la homilía puede ser un momento útil para enseñanza profética y dar inspiración.

Los católicos reconocemos que nuestra existencia terrenal es temporal mientras miramos con esperanza nuestro regreso a la presencia de Dios. Al recordar la naturaleza temporal y reconocer el carácter relativo de los bienes terrenales, debemos cuidarnos de identificarnos muy de cerca con las divisiones artificiales que separan a una persona de otra, divisiones que se tornan visibles con mucha frecuencia con respecto a la clase económica o el país de origen. Siempre debemos comportarnos con los demás de manera tal que respete su dignidad humana y respete su imagen creada a semejanza de Dios. Estamos llamados a seguir el camino que Dios nos marcó y prestar atención al ejemplo de Cristo, que “soportó la cruz sin tener en cuenta la infamia, y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios. Piensen en aquel que sufrió semejante hostilidad por parte de los pecadores, y así no se dejarán abatir por el desaliento”. (Heb 12,2-3).

Acoger al migrante y la migración de manera más amplia tiene un lugar fundamental en el desarrollo de la tradición judeocristiana. Los relatos en el Antiguo y en el Nuevo Testamento resaltan el hecho de que al brindar hospitalidad al extranjero, también podríamos sin saberlo estar albergando a los ángeles (Heb 13,2; Gén 18,1-15). Abraham da hospitalidad al Señor en Mamré y el Señor ayudó a que él y Sara tuvieran un hijo. Abrahán no solo mostró esa hospitalidad libremente, sino que él mismo fue alguna vez un migrante. La Carta a los hebreos resalta el relato de Abraham que, por la fe, “obedeciendo al llamado de Dios, partió hacia el lugar que iba a recibir en herencia, sin saber a dónde iba. Por la fe vivió como extranjero en la Tierra prometida”. (Heb 11, 8-9) Podría ser útil recordar a las personas en la misa que nuestra propia fe nace de la decisión que tomó un hombre, Abraham, un migrante, que decidió cumplir la orden de Dios de ir a una tierra extranjera.

Con mucha frecuencia los mensajes que escuchamos con relación a los migrantes están distorsionados y dan un mensaje falso de quiénes son los migrantes y del motivo de su venida. La retórica en torno a esta cuestión puede fácilmente ocasionar prejuicios de manera tal que no valoren correctamente los beneficios que los migrantes pueden dar a sus comunidades. Enseñen a la gente acerca de lo que dice el rico compendio del pensamiento social de la Iglesia sobre nuestra responsabilidad católica de “acoger al forastero entre nosotros”.